

Ensayo sobre la posibilidad de una ética pública responsable en la Argentina

Dr. Ludovico Videla

Voy a comenzar describiendo cómo es, desde el punto de vista económico, el estilo de gobierno que se ha desarrollado en la Argentina en los últimos años. A continuación intentaré discernir el origen ideológico de este enfoque y terminaré intentando formular una conclusión, sobre la posibilidad de una ética pública responsable.

1.- Un nuevo estilo de gobierno

El retroceso relativo de la economía argentina frente a la expansión de buena parte del mundo, es una realidad antigua y compleja, además difícil para su explicación por la ciencia.

En qué medida los problemas económicos produjeron efectos políticos, o fueron éstos la causa de los vaivenes económicos, es todavía una cuestión abierta al debate. La historia nos brinda ejemplos para las dos interpretaciones: en 1930 la crisis parece el detonante del golpe, pero la brillante recuperación de los 30 y la plétórica situación al inicio de los 40, no impide el golpe de 1943.

Lo cierto es que hoy la Argentina es un país económicamente mediocre. Con elevada pobreza, sin moneda confiable, alta inflación, graves problemas de empleo y de infraestructura, salud costosa y desorganizada, educación decadente, justicia ausente y seguridad en alarmante retroceso.

El estancamiento y la disímil evolución demográfica entre las familias de altos y bajos ingresos y las oleadas migratorias de países vecinos, han creado crecientes desigualdades en la distribución de los ingresos y de la riqueza. Estimo que el capital humano de los residentes en la Argentina, en promedio se ha estancado o ha bajado.

La reserva de recursos naturales y algunos desarrollos tecnológicos recientes en el tema agropecuario, hacen pensar a muchos políticos que la riqueza está al alcance de la mano y que la tarea central es la de hacer imperar la justicia social.

La dirigencia política se propone hacer reinar la justicia en la distribución de los ingresos, favoreciendo a los más rezagados, a los excluidos. Con tal loable propósito, se sienten llamados a hacer uso de los recursos del Estado con plenitud. Un Estado amplio en sus funciones y con abundantes recursos es una pieza fundamental en el proyecto. En términos filosóficos su acción se fundamenta en el objetivo de la igualdad social y la necesidad asociada de transformar la sociedad y el sistema económico, que presenta tantas injusticias y desigualdades. Estas realidades se consideran el fruto de un diseño inadecuado de la sociedad,

que puede modificarse porque no responde a causas naturales sino es fruto de una construcción social inadecuada.

En un comunicado muy reciente el INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) manifestaba por intermedio de su dirección técnica, que “a lo largo de una década ganada se han saldado deudas históricas relacionadas con la justicia social, la equidad e igualdad de oportunidades para 40 millones de habitantes. Hemos recuperado el rol del Estado como garante del desarrollo económico y como promotor de políticas activas que benefician a las mayorías”.¹

Más allá de la verdad de estos logros, el texto demuestra al menos dos cosas: a) que el propósito central de la política es la justicia social y la equidad, b) que el Estado es el instrumento para alcanzar el objetivo.

En mi opinión es casi imposible que el Estado pueda modificar sustancialmente las desigualdades, puede atenuarlas transitoriamente con efectos laterales discutibles. Las desigualdades, básicamente están fundadas en las diferencias culturales del ámbito familiar. Según mis investigaciones la estructura familiar como variable, es la principal explicación para los rendimientos escolares, la salud y la conducta en los primeros años de vida, que definen la evolución posterior de las personas. Hay abundante bibliografía sobre este punto.

Además el incremento de la presión tributaria para financiar el creciente e inabarcable gasto público, cuyos efectos se experimentan también en los países avanzados, tiene otras consecuencias adversas. Peter Sloterdijk, filósofo alemán juzgando la realidad europea, califica el tamaño del Estado democrático moderno como prodigioso. Cuando la Reina Victoria estableció en 5% el primer impuesto sobre la renta, estaba preocupada por haber superado los límites aceptables. La gravitación cuantitativa de las clases improductivas, la nobleza y el clero, contra los que el liberalismo y el anarquismo luchaban en el siglo 19, eran minucias al lado de los ciudadanos improductivos que hoy viven a costa de los productivos.

Lo más grave es que el reclamo de más de la mitad de las rentas para transferir a los subvencionados que crecen en número e imponen su peso en los comicios, provoca una escisión social que puede terminar en rebelión. Y concluye Sloterdijk “Así la explotación directa y egoísta de la era feudal se ha transformado en la época moderna, en una casi desinteresada cleptocracia estatal. Hoy un ministro de finanzas es un Robin Hood que ha jurado un mandato constitucional”.² Para Sloterdijk la salida es reducir la tributación y otorgar al contribuyente cierta libertad para aplicar lo que paga a destinos alternativos y competitivos de bien público.

¹ cfr. Comunicado “Democracia para siempre”, Indec.mecon.gov.ar.

² Sloterdijk, Peter, The grasping hand (“La mano codiciosa”), traducción del original por el autor, en *City Journal*, invierno 2010.

El modelo de gestión de “la mano codiciosa” de Sloterdijk, tiene un daño colateral que es la corrupción que se contagia entre los administradores. Sloterdijk para Europa, menciona el incremento patrimonial de un hombre común del partido como Vladimir Putin, que fue capaz de amasar una fortuna colosal de más de 20 mil millones de dólares en pocos años.

En la Argentina el modelo tiene algunas características propias que merecen una cuidadosa revisión. También los anarquistas, que acosaban nuestra joven república y los dirigentes liberales que la construyeron, se caerían de espaldas si contemplaran nuestro actual Estado providente.

También en la Argentina los incrementos patrimoniales son insólitos, hay denuncias reiteradas y juicios en marcha. El foco de la corrupción alcanza a variados aspectos del gasto público que pueden relacionarse con los incrementos patrimoniales. El inventario incluye las obras publicas con sobre precios, proyectos fantasmas o innecesarios, licitaciones manipuladas, privatizaciones de favor, grandes delitos tributarios, desvío y saqueo de los fondos sociales, malversación de la ayuda internacional y de los créditos de fomento, trafico de leyes, Decretos, Resoluciones y sentencias judiciales, alianzas políticas mercantiles, gestiones financieras incestuosas, quiebras y auto quiebras de bancos, lavado de dinero, protecciones al narcotráfico; todos amparados por cierta impunidad que otorga el sistema.

Además de la corrupción, en nuestro país la gestión del gobierno, en particular en su aspecto económico, es particularmente torpe. Veamos un testimonio objetivo. La jueza Federal Elvira Muleiro decía en una sentencia de 2009, en autos Ludovico Videla c/ Estado Nacional y otros: “El Congreso tiene la potestad para modificar la legislación previsional aunque la utilice en forma ambivalente y si se quiere poco seria. En 2007 sancionó la ley 26.222 de libre opción. En los hechos dicha disposición no cumplió las expectativas de su redactor, por ello 21 meses después, con un misma composición de diputados y senadores, el Congreso dictó la ley 26.425 que unificó el régimen en uno de reparto. Lo cierto es que independientemente de la preferencia por uno u otro sistema previsional el Congreso está más que desorientado sobre la política previsional.” Y más adelante indicaba que el derecho de propiedad sobre los fondos previsionales, negado en el juicio por el propio Estado, “es la tesis que sostuvo el Estado Argentino ante los tribunales de Nueva York en el marco del embargo de los fondos de las AFJP, dispuesto por el juez Thomas Griesa.”

Mi impresión es que esta mala praxis no es reflejo de una ignorancia técnica o de la incompetencia personal, cosa de la que ninguna administración está exenta , sino que es perfectamente racional y responde a objetivos que propone lo que ha sido llamada “razón populista”, que no es más que una versión de la razón instrumental.

La interpretación que hago es que la razón instrumental es reacia a cualquier orden. Esto incluye el orden moral pero también el orden económico, por ello se

gobierna como si la economía fuese una plastilina informe diseñable con cualquier forma. Pretenden derogar la ley de la oferta y la demanda y no respetar la razonable autonomía de la ciencia económica. Es cierto que la política regula a la economía, pero no puede avasallarla.

Hace un tiempo se escribía sobre el imperialismo de la economía, creo que la razón populista establece un imperialismo de la política, que instrumentaliza la economía y también la moral.

Decía hace poco, que hay al menos cuatro ideas dañosas en materia económica, que desafortunadamente nuestros dirigentes aceptan como dogma. La primera es que la inflación es útil e inofensiva, la segunda es que el proteccionismo es casi un deber patriótico, la tercera es que deben exportarse sólo saldos, siempre después de abastecerse al mercado interno, y la cuarta es que el Estado puede y debe resolver todos los problemas, en particular los laborales y sociales. Estas convicciones parecen responder más a negocios políticos que a convicciones técnicas.

El enorme gasto público crea oportunidades de financiar objetivos políticos sin restricciones y permite gran flexibilidad para devolver favores, abrir la puerta a carreras políticas, crear lealtades, comprar medios y lanzar campañas.

La razón instrumental es hostil a todo orden no susceptible de ser instrumentalizado. Por ejemplo, está claro que la expropiación de los fondos jubilatorios tenía un propósito muy lejano al de perfeccionar la política previsional.

Si el objetivo es llevar adelante una estrategia política populista, manejar el gasto conforme a un orden fiscal puede ser un obstáculo. La flexibilidad en el monto y el destino de los fondos es importante. El límite principal para el uso del gasto es la consistencia propia de la economía. Pero como la tasa de descuento para el populismo es altísima, no importa el largo plazo sino lo inmediato. Por eso se saquea en primer lugar el futuro y las próximas generaciones, con deudas y *entitlements* imposibles de cumplir. La apuesta es que al final nada se va a pagar. Esto no puede pasar inadvertido porque la contabilidad patrimonial del Estado, se hace y demuestra un elevado y creciente patrimonio negativo, pero a la opinión pública no le interesa.

En estos momentos vemos una reversión en ciertas estrategias que hasta hace poco se consideraban como sagradas. Ver al ministro de Economía desdeirse de sus dichos anteriores, es una irónica satisfacción. ¿Cómo se explica este cambio?

Es simplemente la adaptación de los medios disponibles conservando el mismo objetivo. Para la teoría, el hombre es racional cuando utiliza medios escasos para alcanzar fines múltiples. En este caso la función objetivo que se maximiza no es muy explícita y clara pero parecería la de permanecer en el poder, debilitar a sus enemigos y oportunamente hacer la revolución.

Desde una perspectiva ética relativista, como los fines son puramente subjetivos, no se puede entrar en ninguna consideración sobre las excelencias objetivas del fin procurado. Tampoco desde un ángulo técnico, la conducta oportunista del populismo puede objetarse, buscan el poder y se aprovechan de las imperfecciones del sistema democrático.

No podemos desarrollar los valiosísimos aportes de numerosos autores como Gary Becker, Assar Lindbeck, Mancur Olson, Peter Benholz, Richard Musgrave, George Stigler y muchos otros. Voy a reseñar solamente las conclusiones de un pionero artículo de Gary Becker, que asimila el mercado de votos a uno de libre empresa. En un mercado de votos perfecto, no hay costos apreciables ni barreras para que los políticos ofrezcan sus plataformas de gobierno. Técnicamente deberían elegirse los que se acerquen más a los deseos de la población. Por supuesto que debe haber total libertad de expresión y de prensa.³ (En la realidad hay importantes imperfecciones. El hecho de que todos los ciudadanos tengan un voto no estimula al que estudia su voto y discierne sobre las mejores opciones. Por otra parte, la nueva oferta política está restringida por el alto costo de entrar al mercado de votos. También el costo beneficio para el votante racional es negativo, ya que sabe que su voto es irrelevante en el conjunto. Tampoco la especialización sectorial es factible, porque el voto vincula y globaliza los temas.

Si revisamos el populismo con estas herramientas, creo que lo peculiar es su capacidad de confundir y manipular los deseos de la población, engañando al votante. Logra mayorías construidas en imperfecciones y restricciones a la competencia y a la información.

Enseguida volveremos a estos temas, ahora deseo indagar en el sustento ideológico del enfoque populista.

2. Origen ideológico de esta realidad

Hasta aquí hemos hecho una breve descripción de la situación. Cabe entonces intentar responder a la pregunta ¿Cuáles son las ideas que sustentan este modelo?

En este sentido es conveniente para este momento tomar en cuenta a Ernesto Laclau y su interpretación posmoderna de Antonio Gramsci

³ Becker, Gary, *Competition and democracy*, "Journal of Law and Economics", n°3, 1958, pp.105-109).

Ernesto Laclau, propone una actualización de Gramsci, formulando su propuesta como una defensa del populismo político.⁴

Para Laclau la política es el agrupamiento de las demandas sociales, despojadas de contenidos particulares en un significante universal.

El significante universal otorga una identidad popular compartida pero que funciona como un símbolo tendencialmente vacío, porque cuanto más agrupa menos contenido tiene. Es unir a la gente detrás de una bandera que por contener todo, no signifique nada. Al final ni los mismos seguidores saben bien lo que están siguiendo y la gestión se personaliza en el líder hasta extremos ridículos.

No hay principios, ni universales a priori, que puedan determinar ese significante que articula la voluntad popular. No hay tampoco un verdadero consenso porque no hay valor sobre el cual consensuar.

Para reforzar el agrupamiento es conveniente, crear un enemigo real o ficticio que permita hacer más sólida la coalición y de esta forma darle más eficacia.

Pero en definitiva lo que queda y predomina en todo es la razón populista, que como escribe Laclau “equivale a la razón política tout court”, es decir la razón política sin más.

La razón política populista rompe toda otra racionalidad, la de la paz y reconciliación de la sociedad, la búsqueda de la justicia, o la de la eficacia de la administración o de la gestión de los asuntos públicos, otorgando al poder populista dominante la facultad de la construcción de todo desde la nada, la refundación permanente y total de la sociedad.

Pluralismo, no discriminación, inclusión, diálogo, derechos humanos, son conceptos vacíos que sirven para articular las voluntades pero no pueden considerarse ni como valores ni como esencias ideales. Solo queda el poder y su expresión formal, que define lo que es válido y bueno en cada momento.

La validación ética del modelo se la pretende fundar en el consenso democrático entendido en esta clave populista. La vigencia de este consenso democrático se esgrime como dogma, no hay posibilidad alguna de emitir un juicio crítico público sobre ella. Lo bueno es lo que valida el comicio, malo es lo que se le opone.

Desafortunadamente la razón populista no se asocia en nuestro país solamente a una expresión política, es aceptada también por otros actores, no es un problema

⁴ Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005

de orientaciones liberales o justicialistas, es más profundo, una actitud ante la política.

Pero muchas contradicciones salen rápidamente a la luz. Perder una elección significa el “ocaso de los dioses” para estas corrientes, por ello una vez instalados en el poder la tentación del fraude directo o indirecto es invencible.

El manejo de los recursos oficiales, los medios de comunicación y las técnicas de sugestión de masas están a la orden del día.

La mentira y el dinero son dos notas sobresalientes del esquema. El dinero sirve para volcar voluntades y consolidarse financieramente, lo que abre un círculo virtuoso: el poder trae el dinero y el dinero trae el poder.

El rol de la mentira es una pieza central en la razón populista. Es lo que permite el engaño al votante. Para ilustrar algunos rasgos de la administración populista, recurro a un texto de von Hildebrand que describe muy bien los efectos de la mentira, solo basta reemplazar la persona falsa por la política populista: “La persona falsa carece de la actitud de reverencia a los valores: asume una posición de dominio sobre los seres, los trata a su antojo, como si fueran una simple ilusión, un juguete de su capricho arbitrario ; no percibe el valor inherente al simple hecho de ser ni la dignidad que el ser posee en cuanto opuesto a la nada; no respeta la obligación fundamental de reconocer todo lo que existe en su realidad, de no interpretar lo negro como blanco, de no contradecir los hechos; se comporta como si no existiese la realidad. Obviamente esta actitud implica un elemento de arrogancia, de irreverencia de impertinencia. Tratar a otra persona “como si fuera aire”, actuar como si no existieran otras personas, es quizás la mayor evidencia de desdén y desprecio. La persona falsa adopta esta actitud con respecto a toda la realidad. El loco desprecia el ser en cuanto ser porque no lo capta. La persona falsa sí lo capta, pero rechaza dar la respuesta debida al valor y a la dignidad de ser simplemente porque le resulta inconveniente desagradable. Su desprecio al ser es consciente y culpable. El mentiroso considera que todo el mundo es hasta cierto punto un instrumento para sus propios fines; todo lo que existe es sólo un instrumento a su servicio: cuando no puede usar algo, entonces lo trata como si no existiera y lo coloca en esa categoría”.⁵

3.- Posibilidad de una ética pública responsable

Voy a recurrir a Max Weber para tratar de elaborar una conclusión. En 1919 el economista alemán, dicta dos conferencias famosas sobre la ciencia y la política como vocación. En esta última, en la parte final, reflexiona sobre la ética política.

⁵ von Hildebrand, Dietrich, *Actitudes morales fundamentales*, Ediciones Palabra, Madrid 2003, pp.61-62.

Para Weber la política exige pactar con el diablo, embarrarse las botas. Su medio principal es la violencia, por el monopolio de ella que detenta el Estado, o por la acción directa contestataria o revolucionaria. Dice Weber, “ninguna ética del mundo puede eludir el hecho de que para conseguir fines ‘buenos’ hay que contar en muchos casos con medios moralmente dudosos o al menos peligrosos y con la posibilidad e incluso probabilidad de consecuencias laterales moralmente malas.”

Esto lo llama “ética de la responsabilidad”. Es el compromiso con el fin más que la moralidad de los medios. Es decir el fin justifica los medios o como se lo conoce en filosofía, la política es uno de los ámbitos de la “racionalidad instrumental”.

Weber contrapone la ética de la responsabilidad a la ética de los valores o de las convicciones. Esta sería la ética cristiana, grandiosa pero unívoca e incondicionada, no se la puede tomar a medias, por ello es en su opinión, solo factible para Jesús, los apóstoles y figuras como San Francisco de Asís, pero no para los políticos. Para él, la ética cristiana supone que todo termina contribuyendo al bien aun la maldad del demonio. Obrar bien y dejar el resultado final en manos de Dios, sería la conducta ética cristiana. Es decir no usar cualquier medio para lograr el resultado.

Weber cree que esto es increíble en un mundo en que la maldad domina a pesar de la omnipotencia de Dios.

Dice Weber, “el problema original de la teodicea es el de cómo es posible que un poder que se supone, a la vez, infinito y bondadoso haya podido crear este mundo irracional del sufrimiento inmerecido, la injusticia impune y la estupidez irremediable”.

El cristiano supuestamente debe poner la otra mejilla frente al mal, pero en la realidad, así lo indicaría la historia, se transforman súbitamente en profetas quiliásticos, y terminan usando la fuerza, “porque no pueden soportar la irracionalidad ética del mundo”. En definitiva, sostiene Weber, pensar como los cristianos que hacer el bien, siempre termina bien, es falso. Por ejemplo, a veces no se puede decir la verdad, hay que mentir de acuerdo a lo que conviene para lograr el objetivo.

En la biografía de Max escrita por su mujer Maximilianne Weber, que murió en 1954, se cuenta en la introducción que durante la guerra, una amiga nazi le dijo a la autora que la “ética de la responsabilidad” justificaba el nazismo. Creo que esto es verdadero, los fines del régimen nazi fueron validados en elecciones. El populismo también usa medios inmorales pero con fines altruistas; la justicia social, la inclusión social. Algo similar puede decirse del socialismo del siglo XXI, el comunismo soviético con sus millones de muertos y el fascismo italiano.⁶ En la

⁶ Weber, Marianne, *Biografía de Max Weber*, Fondo de Cultura Económica, 1995, p.52.

Argentina una buena parte de nuestros fracasos responde a esta razón instrumental aplicada a pie juntillas y recientemente a la razón populista.

Es que, así como parece sorprendente actuar bien y dejar el resultado en manos de Dios, el cálculo instrumental no garantiza el resultado, más bien siempre falla, o no se alcanza. En el populismo se usan medios inmorales, se confunden medios con fines, y en el balance no se alcanzan los objetivos altruistas, lo que sí queda es el daño y la destrucción provocada.

La vida moral no es un modelo de computadora ni un laboratorio de ratones. Hacer el mal no lleva al bien, pensar que eso es posible es una pretensión utópica y racionalista.

También es falso que para hacer el bien moral hay que creer necesariamente en la providencia divina. De hecho Benedicto XVI en el *Bundestag* propone recuperar la razón y redescubrir el orden natural. Es decir una ética basada en la verdad, que la inteligencia busca y descubre sin necesidad de apelar a la fe.⁷

El respeto al otro, la preocupación por la verdad, la búsqueda del bien común y la negativa a utilizar cualquier medio para conseguir un determinado fin por muy noble que éste sea, son otros tanto valores nacidos del humanismo cristiano y que las ideologías han contribuido a negar y el populismo no reconoce.

En defensa de Weber diría que su incomparable lucidez veía los problemas del “desencantamiento del mundo” y que la racionalidad instrumental llevaba al final a la total irracionalidad, por ello decía “lo que tenemos ante nosotros no es la alborada del estío, sino una noche polar de una dureza y una oscuridad heladas, cualesquiera sean los grupos que ahora triunfen”.

Mi admiración por Max Weber no me impide disentir con su “ética de la responsabilidad”, para mí no es propiamente una actitud ética. Usar medios como el poder y la violencia no es siempre sellar un pacto con el diablo, si lo es usarlos mal para tratar de conseguir algo bueno.

Creo que el tema moral más delicado está en la elección de los medios. Ellos siempre deben ser buenos. Esto no es sencillo, porque implica un discernimiento complejo. Los antiguos valoraban lo que se denomina la primacía de la contemplación, la búsqueda de la verdad que nos otorga la sabiduría moral y permite la elección de fines y medios buenos. En esto el decálogo es insoslayable, aun cuando hoy, hasta algunos clérigos quieren derogarlo.

Benedicto XVI en el *Bundestag* recuerda la cita bíblica del libro de los Reyes en que Dios le concede al nuevo Rey una petición, el joven Salomón le pide a Dios la docilidad del corazón para juzgar al pueblo y distinguir entre el bien y el mal.

⁷ Benedicto XVI, discurso ante el *Bundestag*, jueves 22 de septiembre de 2011.

Porque en definitiva, la buena política no es más que la acción de hombres sabios que se comprometen con la justicia, aplican el derecho y crean las condiciones básicas para la paz. Esto ya fue formulado hace dos mil quinientos años.⁸ Necesitamos hombres sabios que tengan éxito en la política. Cuestión que luce difícil, sino debemos resignarnos a que en lugar del Estado, como dice San Agustín, tendremos siempre una banda de bandidos.

Por Ludovico Videla, mayo 2014.

⁸ Me refiero a Platón y su obra La República, no a Salomón que es el Siglo IX AC